

ZOZOBRA

Aunque a muchos el temblor nos rozó apenas, hemos estado en medio de una tragedia que nos es propia de muchas maneras. Primero el miedo, con su multifacética cara –pensar en lo que nos pudo haber pasado, que se repita, que ahora sí nos toque, que les toque a los nuestros...–, nos instala en la zozobra; el miedo se acrecienta con la concentración del daño: cientos de muertos y heridos, cientos de personas que han perdido todo y muchas más que podrían perderlo, porque somos millones quienes vivimos en esta zona sísmica y sobre lo que fue un lago. También sentimos la tragedia como propia, porque la desgracia del otro, cuando no se es un sicópata, mueve naturalmente a la empatía, a la solidaridad.

Y la angustia y la impotencia se abren camino. Quienes vivimos el sismo sin que nos tocara tenemos una necesidad malsana por rastrear la nota, por hacer un seguimiento casi maniaco de lo que va pasando minuto a minuto; una obsesión rayana en lo morboso de ver y volver a ver el momento preciso del sismo –ese instante en el que los edificios caen y levantan su densa polvareda– una y otra y otra vez. Entonces sentimos a un tiempo dolor ajeno y agradecimiento –a falta





de ese antónimo de *envidia* que no tenemos— de no estar en su lugar... ¿A quién coño le agradecemos los carentes de fe?

Y llega la culpa... Pobres de nosotros los formados en una cultura cristiana que no sabe prescindir de la culpa: culpa de no poder hacer algo que remedie, que alivie un poco; culpa de seguir con nuestra vida, de acostarnos a dormir en una cama mientras tantos y tantos esperan bajo la lluvia que la gente con los puños en alto escuche la señal de vida de un hijo, de una madre, del amigo... Culpa de no tener ya la fuerza, la capacidad para entretener esa culpa acarreado piedras, y en cambio sentir que el bocado se nos atora al pensar en los que no tienen tiempo para comer, en los que no tienen qué comer, en los que nunca volverán a comer...

Y porque ayudar ayuda, paliamos la culpa haciendo cualquier cosa, lo que sea, de algo servirá un donativo, una despensa, mantas, herramientas, agua, lo que cada quien pueda...

Y también nos aferramos a la nota esperanzadora, la que retoma las buenas acciones de los cientos de

voluntarios que escarban noche y día, de los que le llevan un café a los rescatistas; de los y las (tengo que subrayarlo) jóvenes que se organizan de volada para compartir en las redes sociales, a una velocidad que sólo ellos pueden, las necesidades de cada una de las zonas críticas, y que también se organizan para juntar la ayuda y llevarla a donde hace falta; de las acciones generosas de familias pobres de la colonia





montando puestos de comida gratuita, del señor que dona completo su tambor de tamales, de las fondas y hasta restaurantes que ponen un letrero de “se regala comida a los rescatistas y a quienes lo necesiten”; de la familia que coloca un enchufe en su ventana con una nota: “cargue aquí su celular”, de la viejita que apenas puede caminar y llega con sus envoltorios de rebozos para regalar, de un viejo que lleva una bolsita con quién sabe qué cosa adentro para compartir en un centro de acopio; de los ingenieros y abogados y arquitectos y médicos y otros muchos profesionistas que brindan sus servicios sin cobrar, de las brigadas de expertos extranjeros que vienen a ayudar y nos hacen sentir –aunque sea momentáneamente y con un atisbo de orgullo ramplón– que valemos la pena, que no sólo somos un país de narcos y secuestradores, de ladrones y corruptos, de nacos y huevones...

Y ese dudoso gusto nos dura poco. En plena búsqueda de sobrevivientes, antes incluso de que huela a muerto, salen los medios a medrar con el infortunio concentrando la atención en un solo caso inventado entre cientos verdaderos y manteniendo al país en vilo con tal de subir su *rating*; salen los empoderados a lucir su oportunismo politiquero, la insensibilidad vuelta desfachatez de querer salir en la foto en el momento del rescate, la rapiña, la opacidad y hasta sus flagrantes malos manejos. Qué lástima que no tuvieran el buen gusto de quedarse entre los escombros para poder deshacernos de ellos y aprovechar el momento, aunque suene políticamente incorrecto, para dar un borrón y cuenta nueva, y que esa generación de muchachos comprometidos con su gente funde este país de nuevo.

Quizá es sólo un sueño, un rayo de esperanza de que estos jóvenes fortalezcan su capacidad de organización y hagan de la necesidad virtud, que sean ellos los nuevos empoderados que enderecen nuestro país. Quizá es sólo un sueño, pero a algo se tiene que acoger uno para desatar el nudo que tiene en la garganta.

Rocío Miranda

Comunicadora, escritora y editora.

rociomiranda54@hotmail.com